

EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN... Y DEL ARTE CINEMATOGRAFICO

Quizá, lo más conveniente y aconsejable, antes de iniciar este breve ensayo en torno a los nacionalismos en el Séptimo Arte, sea elucidar las importantes diferencias entre una serie de conceptos jurídicos –nación, nacional, nacionalidad y nacionalismo–, de raíz etimológica común, que a menudo desencadenan serias confusiones o controversias.

Entendemos por nación el conjunto de seres humanos que viven en un territorio determinado y poseen una comunidad de origen, historia, costumbre y, en ocasiones, lengua. Llamamos nacional, al individuo u objeto, natural de una nación en contraposición al que no lo es y se considera extranjero. Nacionalidad es la cualidad de una persona, física o jurídica, o cosa concedida por el Estado de una nación, por la vinculación de éstos con aquél; en definitiva, uno de los estados civiles de la persona, que puede ser originario o adquirido. Y, por último, el nacionalismo es un término que alude a la doctrina ideológica que tiende al ensalzamiento de la nación de origen, y a la aspiración de convertirse en Estado soberano o autónomo.

Desde los orígenes del Cine encontramos múltiples obras que reflejan, de forma con-

junta o separada, la realidad de estos conceptos. Sin ir más lejos, una de las obras capitales de la historia del cine, *El nacimiento de una nación* (*The Birth of a Nation*) dirigida por D. W. Griffith en 1915, así lo demuestra.

Si hacemos una traslación mental e imaginamos que, en lugar de ser el título de una película, *El nacimiento de una nación* es el titular de un artículo periodístico, probablemente, uno de los mejores subtítulos podría ser: “El enfrentamiento de los nacionalismos en la guerra civil americana”.

En efecto, esta magna epopeya es un poema narrativo extenso –de 195 minutos de duración–, de acciones bélicas y personajes heroicos, con altas cotas de lirismo, donde la épica cinematográfica raya la grandeza, pero también es la más cruda expresión de la locura humana, el contrasentido, la venganza y el racismo.

De entre los más diversos y contrapuestos sentimientos pasionales, y en medio de la barbarie del Ku-Klux-Klan, emerge el acérrimo nacionalismo que distingue a los llamados *caballeros del sur*, enardecidos al son de *Dixie* y con el absoluto convencimiento de alcanzar, con el mínimo esfuerzo y en pocos días, todas sus pretensiones de autonomía.

Realmente, ni el Norte ni el Sur estaban preparados para mantener una guerra en 1861, pero, de una u otra forma, la balanza de la superioridad siempre se inclinó hacia el denominado bando yanqui. Con una población de 22 millones de habitantes, los estados del norte contaban con un mayor potencial militar; mientras que de los nueve millones de habitantes existentes en los estados secesionistas del sur—Virginia, Georgia, Alabama, Mississippi, Tennessee, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Arkansas, Louisiana, Texas y Florida—, casi cuatro millones eran esclavos negros cuya lealtad a la Confederación era de lo más dudosa, aunque el sentimiento nacionalista, en estos estados, estaba mucho más arraigado.

David Wark Griffith era un auténtico *caballero del sur*, nacido diez años después del fin del conflicto, en el seno de una familia sureña. Su padre fue un coronel del ejército confederado, y de él heredó sus pensamientos, principios, ideales, la devoción por los aspectos más nobles de la literatura, así como toda una serie de valores éticos. Toda una filosofía de vida, incluyendo el legado de la tendencia racista, que fue vertida, casi en su totalidad, en el rodaje de *El nacimiento de una nación*.

Se ha criticado duramente a esta producción por encomiar la discriminación racial, las sociedades secretas segregacionistas, y por su contenido francamente reaccionario. Pero, por encima de todas estas consideraciones, de lo que no cabe ninguna duda, es de que se trata de la obra maestra cinematográfica por excelencia, del resumen del genio de su creador—con una serie de ayudantes de lujo, como Erich Von Stroheim, Jack Conway, Raoul Walsh y W. S. Van Dyke— y, sobre todo, del establecimiento definitivo del lenguaje cinematográfico, como forma, y del trazado del tema como acción.

Sin lugar a dudas, si Griffith no hubiera creado *El nacimiento de una nación* las convenciones narrativas del cine, tal y como las entendemos en la actualidad, no existirían. Y nada sería igual.

¿O, se considera usted capaz de imaginar, hoy en día, una película sin fundidos, secuencias paralelas o primeros planos?

